



Llegada á París de los soldados de la guardia imperial heridos en la batalla de Montmirail (17 de Febrero de 1814)
(Museo de Versailles)

CAPITULO XIV

CAMPAÑA DE FRANCIA

LA INVASIÓN.—SITUACIÓN POLÍTICA.—BRIENNE.—MONTMIRAIL.—MONTEREAU.—LAÓN.
ARCIS-SUR-AUBE.—PARÍS.—PRIMERA ABDICACIÓN.

«¡SEÑOR, estáis perdido!» había dicho Metternich á Napoleón al despedirse de él en Dresde, y desde el momento en que los aliados aparecieron sobre el Rhin no dejaban de ser verosímiles estas palabras, pues iban á caer sobre Francia con más de 600.000 hombres, teniendo en previsión de cualquier revés una reserva igualmente numerosa, mientras que Napoleón, por el contrario, disponía tan sólo de 50.000 soldados, restos miserables de la campaña de Sajonia. Las mejores tropas de Francia no se encontraban en ella: más de 100.000 hombres defendían la línea de los Pirineos, 40.000 se batían en Italia con el príncipe Eugenio y 120.000 continuaban en las plazas fuertes de Alemania, mandados por jefes distinguidos y conservando en su poder gran cantidad de cañones y municiones. Napoleón, que no había querido creer nunca posible que el territorio nacional se viese amenazado, había descuidado las fortificaciones de la antigua frontera francesa, á excepción de Estrasburgo, y si había emprendido algunos

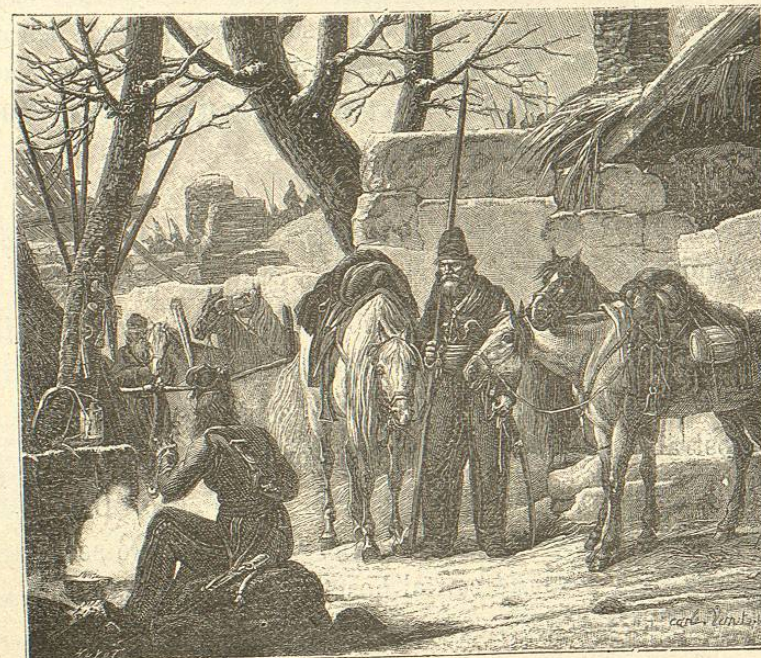
trabajos de esta clase en la línea del Rin, en Maguncia, Wessel y Kehl, no admitían comparación con los realizados en Dantzig, Hamburgo, Magdeburgo, Amberes, Alejandria y Mantua, ciudades todas muy lejanas y que no podían protegerle en sus reveses; pero la escasez de los recursos que quedaban á Napoleón no animaba tanto á los aliados para continuar las hostilidades como la revelación que se les había hecho del estado moral de Francia. Todos querían la paz y el fin del despotismo. Benjamín Constant publicó, en 1813, un trabajo de actualidad, titulado: *El espíritu de conquista y el de usurpación*, que era un verdadero libelo contra Napoleón, en el que se exponían con la forma más dura las ideas que de día en día se iban haciendo más populares. Cierta es que Francia á principios de 1814 no deseaba la vuelta de los Borbones, pero se podía prever que se resignaría fácilmente á su restauración.

Las quintas habían arrebatado á Francia más de dos millones de hombres en menos de diez años: desde el 1.º de Septiembre de 1805 hasta el 15 de Noviembre de 1813 se habían decretado diez y siete quintas, no por disposición del Cuerpo legislativo, sino en su mayoría, y contrariando la Constitución, por medio de decretos. He aquí el cuadro de estas quintas:

2 de Vendimiario del año XIV (Septiembre de 1805), 80.000;—4 de Diciembre de 1806, 80.000;—7 de Abril de 1807, 80.000;—21 de Enero de 1808, 80.000;—10 de Septiembre de 1808, 160.000;—25 de Abril de 1809, 40.000;—5 de Octubre de 1809, 36.000;—3 de Diciembre de 1810, 120.000;—13 de Diciembre de 1810, 40.000;—20 de Diciembre de 1811, 120.000;—13 de Marzo de 1812, 100.000;—1.º de Septiembre de 1812, 137.000;—11 de Enero de 1813, 250.000;—3 de Abril de 1813, 180.000;—24 de Agosto de 1813, 30.000;—9 de Octubre de 1813, 280.000;—15 de Noviembre de 1813, 300.000.—Total general 2.113.000.

Si se agregan á estas cifras los numerosos contingentes que proporcionaban los países aliados ó sometidos, y si se tiene en cuenta que las fuerzas con que tuvieron que combatir eran aún en conjunto más numerosas que las francesas, causa verdadero espanto el inmenso número de hombres que pusieron en movimiento las guerras del Imperio, y permite comprender con facilidad el agotamiento de Europa,

aniquilamiento mucho más sensible en Francia, que había sostenido la lucha contra tantos enemigos. La hacienda estaba también profundamente quebrantada; las tarifas y los repartos adicionales hacían sentir duramente á los pueblos el peso de tantas guerras, que la victoria había entretenido hasta entonces, tanto más cuanto que Napoleón había sacado todos sus recursos de las contribuciones y se había negado obstinadamente á emitir ningún empréstito, por miedo



Vivaque de cosacos. (Cuadro de Carlos Vernet)

á demostrar de esta manera la impopularidad y desconfianza que inspiraba su gobierno. En Enero de 1813 decretó también la venta de una parte de los bienes comunales y creó bonos por valor de ciento cuarenta y cinco millones, que se emitieron con grandes precauciones para no despertar el recuerdo de los *assignados*.

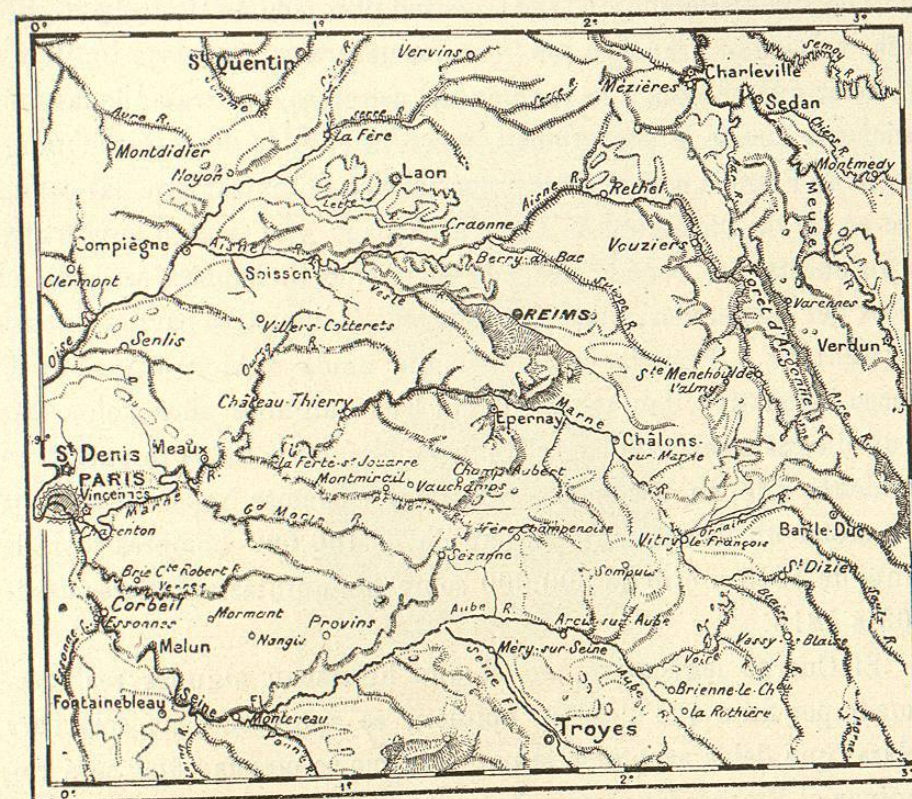
Entre tal descontento y cansancio, no comprendieron todos que, ante una invasión extranjera, su deber era defender las fronteras nacionales, uniéndose estrechamente al hombre cuya ambición había comprometido á Francia, pero que era entonces el único que podía salvarla; Carnot dió, sin embargo, un noble ejemplo. Habíase mantenido apartado mientras el Imperio estuvo en su poder y en su gloria,

y en el momento en que había menos gloria que peligro en compartir la fortuna de Napoleón, le ofreció sus servicios.

« Señor (le escribió el 24 de Enero de 1814): Mientras el éxito ha coronado vuestras empresas, me he abstenido de ofrecer á V. M. mis servicios, que no he creído le fuesen agradables; hoy, que la desgracia pone vuestra constancia á una gran prueba, no vacilo en ofreceros los débiles medios que me restan; poco es, sin duda, el ofrecimiento de un brazo sexagenario, pero he creído que el ejemplo de un soldado cuyos sentimientos patrióticos son bien conocidos, podría llevar á unirse á vuestras águilas á muchos que dudan sobre el partido que deben tomar y que pueden convencerse de que éste es el de servir á su patria y no el de abandonarla. Aun estáis á tiempo, señor, para conquistar una paz gloriosa y para recuperar el amor de un gran pueblo.»

Francia, en efecto, podía encontrar en la unión de todos sus hijos, secundando el genio de su jefe, grandes probabilidades de triunfo. Podía también sacar partido de las causas de rivalidad y desconfianza inevitables entre los diversos Estados, que un interés común había reunido momentáneamente contra ella. Austria, sobre todo, se mostraba sumamente inquieta por las incesantes adquisiciones del poder ruso en las regiones del mar Negro. Demuéstranse estos temores en la correspondencia que Gentz, futuro secretario del Congreso de Viena, sostenía con el hospodar de Moldavia, correspondencia de carácter privado, pero que estaba inspirada por Metternich. Con fecha 5 de Febrero de 1814 decía que Austria se guardaría muy bien de debilitar á Francia hasta el punto de dar á Rusia una preponderancia indiscutible en Europa y de facilitar sus empresas en Oriente. Por muy estrechos que fuesen los lazos que uniesen al Emperador, su señor, y al Czar, Austria no permitiría que Rusia se engrandeciese á costa del poderío turco, cuya conservación le parecía necesaria para el equilibrio europeo. Metternich era entre los coligados el que deseaba la paz con mayor sinceridad, pues juzgaba con razón que tanto cuanto se prolongase la guerra, tanta mayor importancia tenía que adquirir Rusia, y, por otra parte, temía para el logro ó la consolidación de su política autoritaria el conjunto de sentimientos, la agitación moral que una guerra, y principalmente una guerra nacional, produce en los espíritus.

Y antes que los soberanos atravesasen el Rhin, y mientras los generales discutían el plan que debían poner en práctica, Metternich, apoyado por los representantes de Inglaterra, que deseaban una paz inmediata si Napoleón no se mostraba demasiado intransigente, pidió que se dieran nuevos pasos cerca del Emperador. Al propio tiempo,



Mapa de la campaña de Francia

tomaba una parte principalísima en la Declaración de Francfort, en la cual los coligados se dirigen á Francia aislándola de Napoleón.

« Franceses, decían, no combatimos contra Francia, sino contra la preponderancia que Napoleón hace tiempo está ejerciendo lejos de las fronteras de su imperio... Deseamos que Francia sea potente, grande y dichosa, ya que el poder francés es una de las bases fundamentales del edificio social... Confirmaremos á Francia una extensión de territorio que nunca poseyó en la época de la monarquía, ya que una nación valerosa no decae en verdad por haber sufrido, á su vez, reverses en una lucha desatentada y sangrienta, en la que ha combatido con su valor acostumbrado... »